

realizan los compiladores son de gran utilidad y obviamente polémicas, pues caen en el terreno de la interpretación. Ya he comentado algo sobre la discutible caracterización del estalinismo realizada por Klaus Meschkat. La aproximación al liderazgo socialista de los años veinte, y, en especial, los cuatro perfiles de dirigentes que hace José María Rojas son muy sugestivos, pero son solo el inicio de un trabajo de largo aliento que esperamos continúe el autor.

Enhorabuena se publica este libro. Ojalá salgan otros que aporten más documentación para construir nuevas interpretaciones de periodos, instituciones y personas claves en nuestra historia, especialmente la de los sectores subalternos, que poco han figurado en ella.

[331]

MAURICIO ARCHILA NEIRA

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá

marchilan@unal.edu.co

Max S. Hering Torres, editor.

Cuerpos anómalos.

Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, 2008. 299 páginas.

El cuerpo humano no es solamente una entidad biológica regida por leyes naturales, ni simplemente el conjunto de órganos y huesos que lo constituyen. De forma fundamental, los cuerpos son, a la vez, contenedores de percepciones y significados, un medio de expresión y un lugar de intervención, control y domesticación. Es en ellos donde saberes, culturas y poderes confluyen y se expresan. Así lo han entendido un gran número de trabajos que desde las ciencias sociales han convertido al cuerpo humano en campo privilegiado de estudio. Hace ya casi 20 años que el historiador de la medicina Roy Porter señalaba las enormes oportunidades analíticas e interpretativas que el estudio del cuerpo ofrecía.* Porter destacaba el necesario carácter interdisciplinario que implicaba este nuevo objeto de análisis y algunos de los campos potenciales para su estudio histórico: el cuerpo como condición humana; la forma del cuerpo; la anatomía del cuerpo; cuerpo, mente y alma; sexo y género; el cuerpo y la política del cuerpo; el cuerpo, la civilización y sus insatisfacciones. Desde que Porter escribiera su artículo “History of the Body” en un libro que intentaba aportar nuevas perspectivas para la escritura de la historia, los trabajos sobre este tema se han multiplicado, corroborando sus potencialidades y consolidando el cuerpo humano como objeto de estudio interdisciplinario. La historia de la ciencia y la medicina, la antropología, la historia cultural, los

* R. Porter, “History of the Body”, *New Perspectives on Historical Writing*, ed. Peter Burke (Cambridge: Polity Press, 1992): 206-232.

estudios de género y la sociología son solo algunas de las disciplinas que han aportado perspectivas teóricas y metodológicas para aproximarse al cuerpo humano como una construcción sociocultural, y que, a través de prácticas, discursos, imaginarios y representaciones, permiten que esa construcción tome forma y opere en el mundo social.*

[332]

El libro *Cuerpos anómalos*, editado por el historiador Max S. Hering Torres, profesor del Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, se inscribe dentro de esta tendencia —el llamado *body turn*— desde una aproximación particular. Como Hering Torres constata en la introducción del volumen, el estudio del cuerpo ya ha dejado atrás su carácter novedoso como campo de pensamiento histórico, permaneciendo, no obstante, perspectivas poco exploradas. El proyecto editorial, que aglutinó historiadores, antropólogos y sociólogos de universidades colombianas, austriacas y alemanas, se centra en una de estas regiones poco visitadas: *cuerpo y anomalía*. A primera vista, un libro sobre cuerpos anómalos parece sugerir un trabajo sobre monstruos, personas que por malformaciones genéticas —diríamos hoy— habitan cuerpos que no son “normales”. La lista es larga: cuerpos excesivamente grandes, siameses, enanos, hombres lobo, hombres árbol, etc. Pero el enfoque que persigue este proyecto editorial es más sutil —y amplio— y tiene mucho que ver con la aproximación al concepto subyacente de normalidad que acabamos de enunciar. En efecto, Hering Torres destaca la normatividad como elemento clave para la existencia de lo anómalo: “Algo es anómalo únicamente en relación con un término de referencia que no lo es. Anomalía es entonces lo que discrepa de una regla, de una costumbre o de un uso” (p. 16). En este orden de ideas, lo anormal no solo responde a unas categorías físicas que se vislumbran en la superficie de los cuerpos, sino, de forma fundamental, a cuerpos que “transgreden límites sociales, morales, naturales, culturales o jurídicos” (p. 17).

Los ocho ensayos reunidos en el volumen abordan una amplia variedad temática, articulados bajo el telón de fondo de la anomalía. Así, para médicos y teólogos europeos de los siglos XVI y XVII, las personas que no cumplieran con ciertas normas religiosas y morales habitaban cuerpos que eran representados como fuente de contaminación y peligro. La “limpieza de sangre” aludía a estos imaginarios, que, a su vez, informaron prácticas de segregación y exclusión (artículo de Max S. Hering Torres). De igual forma, se construyeron cuerpos ideales que operaron como modelo a seguir. La iconografía de Jesucristo y los relatos de vidas ejemplares durante el Barroco informaron un imaginario del cuerpo ideal mortificado, que los feligreses debían tratar de imitar a través de

* Para un reciente repaso historiográfico sobre el estudio del cuerpo por parte de las ciencias sociales y humanas, ver R. Ayús Reyes y E. Eroza Solana, “El cuerpo y las ciencias sociales”, *Revista Pueblos y Fronteras Digital* (2007-2008) 4. Recuperado de: http://www.pueblosyfronteras.unam.mx/ao7n4/art_02.html.

prácticas de suplicio y disciplinamiento (artículo de Jaime Borja Gómez). El color blanco de la piel fungió igualmente como referente normativo de las sociedades “civilizadas”, erigiéndose el hombre blanco europeo como el modelo de lo civilizado y los cuerpos que se desviaban de esa norma como “incivilizados” (artículo de Wulf Hund). En la Edad Moderna, por ejemplo, los indígenas de las Indias Occidentales —y otros lugares de las antípodas— no solo fueron catalogados dentro del imaginario renacentista como bárbaros, sino que su cuerpo fue asociado con los estigmas de seres sobrenaturales como el homúnculo (artículo de Paolo Vignolo). A su vez, para fisiólogos y médicos del siglo XIX, el cuerpo de la mujer y del niño se desviaba de la norma anatómica que establecía el cuerpo del hombre, desviaciones que implicaban adicionalmente deficiencias morales, físicas e intelectuales (artículo de Zandra Pedraza Gómez). Igualmente, la biología operó como fuente explicativa de la violencia en las sociedades, caracterizando la fisionomía de cuerpos criminales como una desviación de la fisionomía de los hombres de bien (artículo de Peter Becker). En la segunda mitad del siglo XIX, la ciencia moderna se consolidó como una de las principales fuentes articuladoras y legitimadoras de los discursos racistas, así como de prácticas de regularización sobre la población. Ya no solo el cuerpo individual —sometido en instituciones como la cárcel a tecnologías de disciplinamiento (artículo de Gerhard Ammerer y Alfred Stefan Weiss)—, sino también el cuerpo social debía buscar seguir el patrón de una norma regida por la productividad y articulada por nuevos saberes como la estadística y la higiene (artículo de Diana Obregón Torres).

[333]

Antes que intentar un resumen de cada uno de los capítulos, cuestión que Hering Torres lleva a cabo en la introducción del libro, me interesa aportar algunas reflexiones sobre el conjunto de la obra. En primer lugar vale la pena destacar que el libro en cuestión es el segundo volumen de la colección *Estudios histórico-políticos del mundo transatlántico*. La serie responde a la búsqueda de investigaciones novedosas e interdisciplinarias que tengan como marco espacial de análisis el mundo atlántico, en particular Europa y América, y es una iniciativa de los departamentos de Historia y Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, y de la Johannes-Kepler-Universität, en Linz, Austria. En términos generales, *Cuerpos anómalos* cumple con las expectativas de la serie. De forma evidente, el volumen contiene investigaciones novedosas que surgen de un enfoque interdisciplinario. El mismo objeto de estudio invita a este tipo de aproximaciones. Conceptos claves de la historia cultural, como las representaciones y los imaginarios, atraviesan varios de los capítulos del libro, articulando metodologías específicas para abordar fuentes novedosas. En particular, la mayoría de los capítulos abordan sus temáticas desde un análisis del discurso que es identificado como componente fundamental en las relaciones de poder, reflejando, por consiguiente, la persistente centralidad de los aportes de Michel Foucault para la historia del cuerpo.

Adicionalmente, es de destacar el esfuerzo editorial por reunir en el volumen investigadores de diferentes disciplinas y tradiciones académicas; esfuerzo que se logra, en parte, gracias a la posibilidad que otorga la serie de publicar en inglés y alemán, además del español. De hecho, el volumen consta de dos capítulos en alemán y uno en inglés, aspecto interesante para unos y desventajoso para otros. Asumiendo el dominio de estas tres lenguas, el libro ofrece un panorama diverso y enriquecedor de la forma como se está abordando el estudio del cuerpo en diversas latitudes y tiempos históricos. Así, los espacios temporales y geográficos que delimitan los estudios de caso analizados en el libro incluyen: Europa del Renacimiento, España y el Nuevo Reino de Granada en los siglos XVI y XVII; los territorios germanoparlantes entre 1750 y 1850; la Ilustración europea del siglo XVIII; la Colombia republicana del siglo XIX y principios del XX, y finalmente Europa y los Estados Unidos de finales del siglo XIX y el siglo XX.

Además de esta diversidad geográfica y temporal, varios de los ensayos se aproximan al objetivo de la serie de abordar temáticas desde una perspectiva atlántica. Una categoría analítica como el mundo atlántico —que cada vez está tomado más fuerza: pensemos en el grupo de Serge Gruzinski y su concepto de “Euroamérica”, o los esfuerzos de Jorge Cañizares y colegas para destacar el papel fundamental del Nuevo Mundo en el surgimiento y desarrollo de la ciencia moderna— supondría de por sí un volumen aparte. No obstante, los estudios de caso de Hering, Borja, Pedraza y, especialmente, Vignolo tienen en cuenta, en mayor o menor medida, las profundas interconexiones entre América y Europa en los procesos de la construcción sociocultural de cuerpos anómalos.

El contenido del volumen refleja a su vez el empeño juicioso del editor en lograr que los colaboradores, aunque con temáticas y periodos diversos, hayan reflexionado y explicitado sus estudios de caso desde la óptica de la antinomia de lo normal y lo anormal. En conjunto, el volumen está muy bien integrado bajo este hilo conductor, aportando nuevas áreas de investigación e interpretaciones novedosas. Desde los seres sobrenaturales medievales hasta la neurociencia actual, la categoría analítica de lo anómalo —desarrollada con rigor en la introducción del volumen— demuestra su utilidad para abordar de forma coherente temas tan variados. Es evidente el esfuerzo de todos los autores por considerar seriamente el concepto editorial y lo enriquecedor que esto ha resultado. Por ejemplo, el aporte de Diana Obregón sobre los procesos de vacunación contra la viruela a lo largo del siglo XIX y principios del XX en Colombia adquiere nuevos giros interpretativos en la medida que se analiza a la población como un cuerpo social que debe acercarse a una norma de salud. En un lento y a veces infructuoso proceso, el Estado colombiano intervino a la población en la búsqueda de prevenir su anomalía, desviación de una norma que implicaba un obstáculo para el proyecto civilizador colombiano y su inclusión en el comercio internacional.

Una lectura crítica y reflexiva de los aportes que conforman un volumen por parte de cada uno de los colaboradores no suele ser moneda corriente en este tipo de productos académicos. En la práctica, es muy difícil lograr que se asuma esta labor en un volumen que congrega diversos autores. No obstante, sería muy provechoso para el lector —y para los autores— una mayor articulación entre los capítulos a través del diálogo entre ellos y un esfuerzo por explicitar los lugares de encuentro —y también de tensión— entre los casos analizados y los enfoques utilizados. Por solo citar un ejemplo, el aporte del sociólogo Wulf D. Hund resalta la importancia de rastrear la forma como se imagina, se construye y finalmente se constituye la normatividad de la blancura. Este caso particular destaca que la construcción teórica de la raza blanca se debe analizar en conjunción con su constitución social, esto es, el proceso a través del cual estos discursos son asimilados, aceptados y/o rechazados por las clases subalternas. Este estudio apunta por lo tanto a la forma como se llega a ser blanco, se es blanco y se permanece blanco. Por su parte, la antropóloga Zandra Pedraza realiza una pesquisa similar que gira en torno a los discursos científicos que definieron las capacidades de las mujeres y los niños frente al hombre blanco, y la forma como estos discursos se filtraron en la realidad social a través de prácticas educativas que ayudaron a moldear las subjetividades de la mujer en el hogar y del niño en la escuela. Mientras Hund hace énfasis en que los discursos que conforman enunciados de verdad no se mantienen por sí mismos (enfoque similar al ensayo sobre medidas disciplinarias en instituciones penales de los historiadores Gerhard Ammerer y Alfred Stefan Weiss, quienes anudan una historia de los discursos con una historia de la cotidianidad), Pedraza da por sentada la permanencia y eficacia de estos discursos, y apunta a la representación social que surge de ellos. No sería descabellado afirmar que estos trabajos se beneficiarían enormemente de un diálogo teórico y metodológico entre ellos.

[335]

Para el ámbito académico colombiano, *Cuerpos anómalos* representa, sin lugar a dudas, una feliz invitación, no solo a considerar el estudio del cuerpo como un campo fructífero de investigación, sino especialmente a buscar nuevas categorías de análisis que articulen estudios realmente interdisciplinarios. Con seguridad, el volumen interesará a un variado espectro de lectores con múltiples intereses. Los estudiosos del racismo, de la historia social de la ciencia y la medicina, del género y, en general, de la historia de la dominación podrán beneficiarse de este volumen y encontrar fructíferos estímulos, tanto temáticos como metodológicos, para sus investigaciones. En última instancia, esta colección de ensayos es un excelente medio para integrar temas específicos que problematizan la férrea separación, propia de la modernidad, entre naturaleza y cultura, y por lo tanto nos aporta un importante espacio de reflexión que nos ayuda a desnaturalizar diferencias que, por su misma condición naturalizada, se perpetúan, se instrumentalizan y se marginalizan de análisis críticos.

No quisiera terminar esta reseña sin señalar una práctica que se ha “normalizado” dentro de las editoriales académicas colombianas. Me refiero a su indiferencia por incluir índices temáticos y onomásticos en sus publicaciones. Su falta se hace aún más evidente en libros con las características del acá reseñado.

STEFAN POHL VALERO

Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá

spohl@javeriana.edu.co

[336]

Ricardo Sánchez Ángel.

¡Huelga! Luchas de la clase trabajadora en Colombia, 1975-1981.

Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009. 480 páginas.

En su último libro, *¡Huelga! Luchas de la clase trabajadora en Colombia, 1975-1981*, editado por la Universidad Nacional, Ricardo Sánchez ha intentado mostrar, con los ojos puestos en la movilización de los trabajadores, los posibles vínculos ideológicos e históricos del movimiento obrero europeo con el latinoamericano, en particular los que pueden observarse en la experiencia de la socialdemocracia alemana de fines del siglo XIX y primeras décadas del XX, que giró alrededor de la polémica marxista y que tantas reservas despertó en el pensamiento de Lenin. Al final, como es conocido, la revolución proletaria fracasó en suelo alemán, pero triunfó donde el desarrollo capitalista era de orden inferior —en Rusia—; entretanto, en el campo de la batalla quedaron tendidas extraordinarias experiencias y aportes de los vencidos.

Aquí, en Colombia, no conocimos sino el pensamiento de los vencedores, como casi siempre ocurre en la historia. La historia de vida y los escritos de Karl Kausky, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo no estuvieron entre los textos de consulta favoritos de los dirigentes de la izquierda colombiana ni, con menor razón, de los líderes sindicales que crearon las primeras organizaciones nacionales en los años veinte y treinta del siglo pasado. Tampoco merecieron nunca un debate en los decenios siguientes. Desde el principio, todo fue manejado a larga distancia por la dirección del Partido Comunista ruso, ya en el poder, como lo testimonia la investigación de los archivos del gobierno soviético.* Tal vez si hubiéramos hecho esa discusión, habríamos podido entender mucho mejor a Marx y a Lenin, y hoy seríamos menos acríticos.

A partir de la creación de la primera organización nacional estable de trabajadores, la CTC, las mayores discrepancias ideológicas y políticas en el seno del sindicalismo colombiano se expresaron principalmente en torno a la independencia del movimiento. Lo que estaba en juego era su organización y movilización como fuerza social propia y enfrentada diametralmente a un adversario

* Ver Klaus Meschkat y José María Rojas, *Liquidando el pasado. La izquierda colombiana en los archivos de la Unión Soviética* (Bogotá: Taurus / Fescol, 2009).